

Mi pequeño gran recuerdo

Cipriano Gómez Vicente

MI FAMILIA Y YO

Mi nombre es Cipriano Gómez Vicente, nacido en el municipio de Gajates, en la provincia de Salamanca, el 23 de octubre de 1958. Desciendo de una pequeña y humilde familia asentada en el este Salmantino, la cual estaba formada por mis padres, Francisco Gómez Miguel y Remedios Vicente Hernández y mi único hermano, mayor que yo, llamado Máximo.

Numerosos son los oficios que mis padres han regentado a lo largo de su vida. Mi padre, cabeza de familia, comenzó en el oficio de tejero, basado en la preparación y tratamiento del barro con el que elaborar adobes, ladrillos y tejas. Recuerdo con gran cariño y tristeza cuando mi padre nos contaba que cambiaba un carro de tejas por uno de paja, o que tan mal iba el negocio que la técnica del rebusque, una vez recolectada la cosecha de la tierra, en campos de garbanzos por ejemplo, se antojaba imprescindible para poder tener algo que llevarse a la boca. Por suerte, la situación que nos brindaron tanto a mi hermano como a mí dista de esa penuria que ellos mismos tuvieron que sufrir.

El primer oficio que recuerdo a mis padres, siendo yo muy pequeño, es el de la tienda de alimentación que regentaban, localizada en la misma casa familiar y en la cual mi madre trabajaba mientras que mi padre iba a vender de forma ambulante, con un carro y una burra, por los pueblos más próximos. De igual modo, una de las habitaciones de la casa comenzó a usarse como bar, donde solían reunirse los amigos del pueblo. Más tarde, lo que comenzó en una habitación de la propia vivienda se trasladó a una edificación diferente, donde crearon un bar y un salón de baile. Junto a estos oficios y con el fin de obtener otra ayuda económica, mis padres

construyeron un criadero y cebadero de cerdos. Pero no todo terminó aquí, sino que también tuvieron un pequeño grupo de vacas, cuyos inicios comenzaron, teniendo yo unos 12 años, tras la muerte de su anterior propietario, familiar de mis padres y poseedor de tres o cuatro vacas, de entre las que destacaba la conocida como Perla, la cual generaba suficiente leche como para que esta nueva actividad nos mereciera la pena, o eso nos quisieron hacer ver sus hijos cuando nos las vendieron. A todo esto, hay que añadir que mi familia también fue encargada de la distribución y reparto de las bombonas de butano por el pueblo, de sacos de pienso marca SANDER, gaseosas e incluso llegamos a controlar la actividad funeraria del municipio.

A los 14 años abandoné Gajates y me fui a estudiar tres años soldadura a la Escuela Oficial de Maestría Industrial de Salamanca. Compaginaba mis estudios con el juego de la pelota mano, en el cual llegué incluso a estar federado. Tras finalizar mis estudios, los siguientes dos años los dediqué a trabajar como seleccionador de patatas y coterol¹ en Salamanca, encargado de cargar los camiones antes de su distribución.

A los 19 años ingresé de forma voluntaria en el campamento militar de León, llamado El Ferral, donde pertencí a la compañía 13, llamada “la pequeña legión”. Por su parte, el servicio militar lo realicé en el Cuartel General Julián Sánchez el Charro, en Salamanca, en la compañía de transportes, donde obtuve mi permiso de conducir por un valor de 300 pesetas.

Una vez finalizado el servicio militar me trasladé, junto a tres amigos del pueblo, a trabajar a una cooperativa de vinos de La Rioja ubicada en el bonito pueblo de San Vicente de la Sonsierra, conocido por los famosos Picados de Semana Santa. Al año siguiente comencé a trabajar en una alcoholera, localizada en el mismo municipio, en el oficio de extraer el orujo de la madre del vino. Dos años duró mi periplo riojano. Regresé al pueblo que me vio nacer, donde comencé a trabajar en la construcción a la vez que compaginaba este oficio con los familiares.

¹ Sinónimo de cargador, operario específicamente dedicado a la carga y descarga de camiones. (N.E.)

EL GRAN CAMBIO

La situación que vivía en Gajates me aseguraba una tranquilidad económica que parecía abocar a que viviría en el pueblo por muchos años. Pero todo comenzó a cambiar el agosto de 1981. Por entonces, en vísperas de las fiestas del Salvador, viene a visitarnos al pueblo Agustín, un primo carnal de mi padre procedente de Suiza. La vida le había sonreído allá donde emigró. Trabajaba en una gran empresa multinacional de la construcción llamada Walo Bertschinger, con sede en Zúrich, manejando maquinaria pesada en tareas de construcción de carreteras y otras obras de ingeniería civil. Se había casado y formado una familia y daba la apariencia de una situación económica envidiable, la cual quedó contrastada cuando lo vi a manos de un Ford Granada, un coche impresionante que me dejó totalmente anonadado.

Tras varias reuniones familiares, en las cuales se habló de las situaciones económicas y personales de cada uno, de cómo nos trataba la vida, etc., me propone ir con él a Suiza y probar suerte lejos de España. Me habló de la empresa en la cual trabajaba, de las labores que realizaban, llegando casi a garantizar que no tendría el más mínimo problema en poder incorporarme a la misma, pues su gran volumen de negocio hacía que esta demandara mucha mano de obra. Pero lo que verdaderamente me convenció a dar el gran paso fue la diferencia salarial entre un país y otro y por qué no decirlo, el sueño de poder conducir un gran coche como el de mi primo. En mi pueblo en aquel momento ganaba en torno a unas 30.000 pesetas mensuales, mientras que el sueldo que se ganaba en Suiza llega a multiplicar al mío por cuatro e incluso más haciendo la misma labor. Con todo esto acepté rápidamente la propuesta que me realizó mi primo. Mis padres, por el contrario, no veían con buenos ojos mi afán aventurero de búsqueda de una mejor situación económica allá en Suiza a causa del temor a la distancia, a lo desconocido, a las posibles circunstancias adversas y a que aquí, en el pueblo, ayudaba en los negocios familiares, cuyo trabajo debían de repartirse entre mis padres y mi hermano si yo emigraba.

Cuando regresó a Suiza al finalizar sus vacaciones, mi primo habló con los encargados de personal de la empresa, los cuales se interesaron en mi contratación. Así, a los pocos meses recibí en mi domicilio,

en Gajates, un contrato temporal de trabajo por 9 meses, desde el 15 de marzo al 15 de diciembre, el cual tuve que reenviar a través de correo postal completamente relleno y junto a una revisión médica que garantizara que podía desarrollar la actividad requerida.

El nerviosismo se había apoderado de mí durante el tiempo que tuve que esperar hasta que viajé a Suiza. Fueron unos días interminables que deseaba que pasaran lo más rápido posible. Por fin llegó el día de abandonar nuevamente la casa familiar, si bien esta vez era todo muy diferente. La noche antes de coger el avión con destino a Zúrich la pasé en Madrid, de donde salía el avión, en casa de mi amigo Santos, cuyo mote era el Silletero, y Conchi, su mujer. Ante el júbilo de la situación se decidieron en ir al bingo, cuya actividad yo desconocía hasta el momento, acompañados por el cuñado de Santos. Mi prima, sabedora del riesgo que iba a correr, me pidió la cartera, en la cual llevaba 30.000 pesetas que mis padres me habían dado para asegurarme el viaje, dejando únicamente en ella 1.000 pesetas y guardando el resto en la casa. La misma acción realizó con su marido. Bien poco duró nuestra estancia en el bingo, pues a los 10 minutos ya nos encontrábamos nuevamente en casa, aunque ahora con 1.000 pesetas menos. Al día siguiente fue el momento de realizar mi primer gran viaje, en avión, una novedad añadida y a la mayor distancia que nunca había estado de casa. Todo parecía ser idílico, hasta por el hecho de abandonar España con una inestabilidad temporal sobre Madrid y llegar a Suiza donde el sol brillaba fuertemente y el cielo estaba completamente despejado.

Una vez aterrizamos en el aeropuerto de Zúrich sufrí uno de los mayores contratiempos a lo largo de mi estancia en el extranjero. Tras varios minutos de búsqueda no fui capaz de encontrar a mi primo, el que me involucró en esta nueva e inolvidable experiencia, el cual debería de haber ido a recogerme al aeropuerto. Por desgracia, tampoco tenía francos en el bolsillo para poder llamar, y como colofón, no entendía nada de lo que el resto de gente decía. Fueron unas horas muy angustiosas hasta que me di cuenta de que tenía la dirección de la casa de mi primo apuntada en un papel. Le entregué dicho papel a un taxista, el cual me llevó hasta la dirección indicada. Antes de dejarme abandonar el taxi y como solo tenía

pesetas en la cartera, llamó al timbre de la vivienda y se cobró la carrera, la cual abonó mi primo, que por equivocación de fecha y hora no había ido a recogerme.

MI VIDA EN SUIZA

La vivienda en la que estuve hospedado a lo largo de mi estancia en Suiza la facilitaba la empresa en la cual estaba trabajando y se localizaba en la ciudad de Winterthur, a escasos 20-30 minutos al noreste de la ciudad de Zúrich. Se trataba de una vieja edificación de madera con tejado de teja. La distribución de la vivienda constaba de una serie de habitaciones, por lo general compartidas, dos cocinas y un baño. Recuerdo que un gran número de noches, con el objetivo de facilitar el sueño, vertía algún vaso de agua sobre la colchoneta donde dormía para refrescarme y poder combatir el fuerte calor.

El simple hecho de querer darse una ducha se convertía en una odisea al tener que compartir el único baño de la casa con el gran número de personas con los que compartía estancia, entre los que había portugueses, italianos, rumanos, búlgaros y otros españoles, concretamente dos malagueños, a los cuales les sigo agradeciendo su solidaridad para conmigo, pues no solo me hicieron la comida muchos días ante mi incompetencia en la cocina, sino que me enseñaron en la medida de lo posible un gran número de recetas, las cuales aún pongo en práctica y entre las que destaco la paella. Como medida compensatoria siempre estaba dispuesto a realizar las tareas del hogar.

La forma de comunicarnos con el resto de compañeros con los cuales compartíamos la vivienda, era a través del italiano, idioma que por su semejanza con el español no nos resultó complicado de manejar.

Como bien me había explicado mi primo, el trabajo básico de la empresa era la creación de nuevas carreteras, aunque hicimos gran variedad de obra pública como alcantarillado, acometidas de agua, reasfaltado, etc. Mi primer año en la empresa lo dediqué, como peón, al rellenado de las oquedades más dificultosas para la maquinaria, cavar, manejo de maquinaria simple, etc. No sería hasta mi segundo año cuando comencé a trabajar a cargo de una máquina de compactación de asfalto, llamada goma

balsa. Nos obligaban a trabajar con unas zancas de madera, sin marcar el talón al andar con el fin de evitar dejar las menores marcas del calzado sobre el nuevo asfalto.

Solíamos entrar a las 5 de la mañana a trabajar, haciendo unas 9-10 horas por jornada, incluso algunos días, con el objetivo de ganar algo más de dinero, realizábamos alguna hora extra. Nos iban a recoger por casa cuando la obra se encontraba lejos de nuestra ciudad o acudíamos a pie o bicicleta, como fue mi caso, cuando se trataba de una obra próxima.

Fue una experiencia muy bonita pero muy dura. Pasábamos mucho frío en invierno y mucho calor en verano, a lo que había que añadir la alta temperatura que presentaba el nuevo asfalto en la elaboración de la carretera. De igual modo, nuestro día a día se basaba en ir a trabajar, estudiar, hacer la compra, hacer la cena y la comida del día siguiente y dormir. Nunca olvidaré las primeras palabras que me dijo mi compañero italiano llamado Donato: “amico, questa vita è dura”. Qué razón tenía.

Estudiar el idioma resultaba imprescindible si querías mejorar tu situación dentro del trabajo, del propio país o simplemente querías entablar una conversación. Resultaba muy duro cuando trabajando te mandaban hacer algo que difícilmente comprendías o te encontrabas bailando con una chica y no podías hablar con ella. Por ello, cuanto antes te hicieras entender mucho más fácil te resultarían las cosas. En este sentido, estaré eternamente agradecido por los cursos de alemán impartidos por parte de la Misión Católica de forma gratuita, a los que acudí regularmente durante mi estancia en Suiza y gracias a los cuales todo me resultó algo más sencillo.

En cuanto tuve ocasión de ir a comprar alimentos, me di cuenta de porque los salarios son tan elevados. Todos los productos presentaban un precio desorbitado, haciendo que se antojara casi imposible comprar algo ajeno a lo básico si nuestro objetivo era ahorrar lo máximo posible. Cuando salíamos de fiesta, si es que lo podemos llamar así al compararlo con lo que conocíamos en nuestro pueblo, debíamos de conformarnos con una hamburguesa y una cerveza. Ya una vez de vuelta en la casa se terminaba de llenar la tripa.

Para organizarme económicamente y ahorrar lo máximo posible, cuando cobraba la mensualidad hacía mis cálculos de posibles gastos y

todo aquello que sobraba lo ingresaba a través de la posta en mi banco en España.

Algunos sábados solíamos salir de fiesta, ir al baile o a la discoteca, pero principalmente acudíamos al Centro de Gallegos o al Centro de los Andaluces, puntos de reunión de españoles, donde además de pasar un buen rato, podías desahogarte, comparar impresiones, pedir consejo, ayuda, o simplemente entablar una conversación en tu idioma natal, cosa que durante la semana se antojaba más complicada.

En varias ocasiones, los domingos solía dedicarlos a visitar a mi primo y su familia que se establecía en una vivienda familiar en la pequeña ciudad de Breite, muy bien comunicada con Winterthur a través del ferrocarril. Desde allí, desde la casa de mis primos, solía llamar por teléfono y ponerme en contacto con mi familia. Aun así, también acostumbraba a enviar regularmente cartas por correo postal, cada 10-15 días aproximadamente, donde contaba aquellas anécdotas que me habían ocurrido, evitando en la medida de lo posible todo aquello que pudiera herir o preocupar a mis padres.

Una las primeras impresiones que me llevé del país desde el primer momento, que me chocó y que pude apreciar a lo largo de toda la estancia en el mismo, fue la tranquilidad de la gente. Grandes trabajadores, pero que a la hora de disfrutar lo hacen de forma muy sosegada. En un bar repleto de gente puedes establecer una conversación tranquilamente sin tener que elevar la voz, cosa que en España ocurre difícilmente. De igual modo, los establecimientos de restauración permanecen prácticamente limpios, mientras que en España las servilletas y los palillos abundan por los suelos. También el horario de apertura de los bares y zonas de ocio dista mucho de lo que podemos encontrarnos en España.

Recuerdo la soledad que me invadía aquellos domingos por la tarde paseando por la estación de tren de Winterthur, lugar de encuentro y ocio de los lugareños. Al atardecer, lo que antes aglutinaba un gran número de personas quedaba prácticamente desolado. Poco a poco llegué a comprender que debía de adaptarme a vivir otro estilo de vida, que las largas tardes domingueras con los amigos debían de quedarse en el recuerdo.

Esta experiencia también me ha hecho ver cosas lamentables, padres de familia a miles de kilómetros de casa gastándose todo el salario en bares y tener que pedir ayuda a la empresa o a los propios compañeros para poder regresar a casa.

Este fue mi quehacer durante 9 meses cada año, lo que duraba el contrato, desde 1982 hasta finales del año 1984. En las vísperas de finalización de estos tres contratos temporales, la policía acudía a la vivienda donde residía para comunicarme que en un pequeño periodo debería de abandonar el país y regresar a España. En caso de no estar presente en la vivienda dejaban la notificación en el buzón.

LA VUELTA A CASA

Los periodos que no tenía contrato, desde diciembre a marzo, me establecía en Gajates, mi pueblo natal, donde trabajaba en los negocios familiares. En el tercer de estos periodos conocí a mi actual mujer, Ana. La idea de regresar a Suiza comenzó a desvanecerse. Las ganas de estar cerca de la mujer que amaba y amo me hicieron tomar la decisión de poner fin a este bonito suceso. Tras tres años de noviazgo y ante las numerosas propuestas de mi primo de volver a Suiza, propongo a Ana irnos juntos a probar suerte de nuevo lejos del hogar. Ante la negativa a querer separarse del entorno familiar, decidimos establecernos en Gajates y formar una familia junto a nuestros hijos, Nieves y Daniel. Actualmente, desde hace 25 años, residimos en el pequeño municipio zamorano de Mayalde.